

PANORAMA

***Poesía latinoamericana en el siglo XXI:
tendencias, tensiones***

**LOS JARDINES OCULTOS:
UN MAPA DE LA POESÍA CHILENA CONTEMPORÁNEA
THE HIDDEN GARDENS:
A MAP OF CONTEMPORARY CHILEAN POETRY**

**Diego Alfaro Palma
Universidad del Desarrollo - UBA**

*Licenciado en Letras y Literatura por la Universidad del Desarrollo (Chile) y obtuvo la
Maestría en Traducción y Literaturas Comparadas de la Universidad de Buenos Aires
(Argentina).*

Contacto: diego.personae@gmail.com

ORCID: 0009-0005-6466-0328

DOI: [10.5281/zenodo.18022923](https://doi.org/10.5281/zenodo.18022923)

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

*Poesía chilena contemporánea**Siglo XXI**Neolarismo**Poesía mapuche**Editoriales independientes*

Este artículo examina el estado actual de la poesía chilena en el siglo XXI, tomando como punto de partida la sensación de incertidumbre y desencanto posterior al estallido social de 2019 y la pandemia. A través de una metodología descriptivo-analítica, se cartografía el ecosistema poético contemporáneo, identificando sus actores, circuitos de circulación y estéticas predominantes. Se analiza el resurgimiento de figuras como Gabriela Mistral, el declive del canon nerudiano y la consolidación de una escena liderada por mujeres poetas y autoras. El texto identifica y describe corrientes estéticas clave como la poesía documental, el neolarismo, las poéticas mapuches, las escrituras del cuerpo y las reescrituras, destacando la vitalidad de editoriales independientes y universitarias. La conclusión principal es que, pese a la fragilidad de su ecosistema editorial y la amenaza de la gentrificación cultural, la poesía chilena goza de buena salud, manteniendo su potencia crítica para interpelar la realidad y el lenguaje desde una diversidad de voces y territorios.

ABSTRACT

KEYWORDS

*Contemporary Chilean poetry**21st Century**Neo-larismo**Mapuche poetry**Independent publishers*

This article examines the current state of Chilean poetry in the 21st century, taking as a starting point the sense of uncertainty and disenchantment following the 2019 social uprising and the pandemic. Using a descriptive-analytical methodology, it maps the contemporary poetic ecosystem, identifying its key players, circulation circuits, and predominant aesthetics. It analyzes the resurgence of figures like Gabriela Mistral, the decline of the Nerudian canon, and the consolidation of a scene led by women poets and authors. The text identifies and describes key aesthetic currents such as documentary poetry, neo-larismo, Mapuche poetics, writings of the body, and rewritings, highlighting the vitality of independent and university publishers. The main conclusion is that, despite the fragility of its publishing ecosystem and the threat of cultural gentrification, Chilean poetry is in good health, maintaining its critical power to question reality and language from a diversity of voices and territories.

Fecha de envío: 14/06/25

Fecha de aceptación: 29/10/25

Introducción

Preguntar por el estado actual de la poesía se parece bastante a preguntar cómo viene la semana un día lunes a las tres de la tarde: nadie sabe muy bien qué va a pasar o, al menos, qué está pasando. En ese horario, las personas ya se pusieron al día en sus trabajos, han dicho que ya no quieren estar más ahí, y también han echado a rodar los primeros chismes. Nadie tiene la menor idea de lo que vendrá, y muchas veces parece no importarles.

Esto que digo es probablemente adaptable a cualquier referente latinoamericano. Puede pasar en Perú, en Argentina, en México, República Dominicana o en Paraguay. En Chile esta sensación de lunes se viene dando como norma tras la pandemia. Es que, por un momento, durante el estallido social de 2019, pareció que la vida en este país iba a cambiar, y que la poesía —más por una razón histórica que por otra cosa— tenía las palabras para interpelar ese suceso. Al final, no pasó nada, o muy poco. Los cambios se transformaron en reformas, las reformas en posibles salidas y las salidas en más aprietos.

Por un momento, entre octubre y diciembre de 2019, se comprendió socialmente que la poesía iba junto a la batuta de las transformaciones. Había versos pintados en los muros, fotografías y *stencils* de poetas como figuras totémicas, recitales a viva voz, circulación y más circulación de obras, al nivel que la frase “destruir en nuestro corazón la lógica del sistema”, del poeta José Ángel Cuevas, se convirtió en un estandarte. Incluso algunos aludieron que el uso de la bandera negra podría provenir de la obra del poeta visual Martín Gubbins. Lo cierto es que luego vino la negociación política y el comienzo de un proceso constitucional. Y de pronto, la derrota, como la cantara Enrique Lihn en los años sesenta, pero actualizada en un desánimo total¹.

¹ A propósito de esto se recomienda leer la entrevista a José Ángel Cuevas titulada “La poesía no le importa a nadie” (José N., “La poesía no le importa a nadie”, *Palabra Pública*, 23/06/2025) y la realizada a Martín Gubbins (Espinoza, D. “Martín Gubbins, autor de la bandera chilena negra: “Quedarme lo más callado posible fue una decisión ética y estética”. Santiago: *Palabra Pública*, 31/03/2021).

¿Cuál es la diferencia entre estos tiempos y otros momentos de levantamiento en el siglo XX? ¿Es todo comparable? ¿Hay poesía decente proyectada desde el estallido? El oráculo calla. Creo importante decir que para buscar lo interesante en la poesía actual, es posible que haya que salir de lo visible. Vivimos en una época de demasiados aspavientos y listados de más o menos vendidos. Todo es challa, papel picado, nada es muy sólido. Hay poca o nula crítica, el fascismo aprovecha cada vericuetto, y la posverdad —o lo que eso signifique— ni siquiera es algo que la ciudadanía se cuestione mucho. ¿Dejó de ser importante la poesía?

Hablaré desde Chile, que es lo que tengo más a mano, este “jardín del Edén” como lo nombra el himno nacional. Tampoco es que me haya dedicado en estos últimos años a seguir pistas de poemarios. Yo mismo me he encerrado a leer determinadas estéticas, a perseguir formas no tan distintas entre sí, mis labores en la edición de divulgación científica y la huerta. Quizás mi deformación americanista resulte ineficaz. No lo sé, hablar de poesía contemporánea es como especular un lunes a las tres de la tarde, y eso para algunos, los menos, resulta interesante.

Compostaje: de Neruda a Mistral

Para hablar de lo que pasa hoy, quizás lo mejor sería preguntarnos qué es lo que leen los que leen, indagar en esa gran minoría. Esto no tiene nada que ver con hacer *rankings*, sino tantear evidencias, identificar manchones de color entre la hierba crecida.

La primera de estas es el resurgimiento de la efigie de Gabriela Mistral, cuyos papeles inéditos, más sus obras canónicas, han dado para cientos de reediciones, antologías e incluso monumentos. ¿Será Mistral la figura por antonomasia del intelectual en esta tierra? La celebración de los 80 años del primer Premio Nobel de literatura es un buen punto de partida para entender eso, pero igualmente tiene que ver con una necesidad pública y una admiración transversal: la falta de una personalidad que interpele la desgastada franja política y cultural. Esta reaparición de la poeta también tiene que ver con una recomposición de su obra tras la manipulación realizada por la dictadura militar y sus resabios, lo que por mucho tiempo relegó a la escritora de rondas y poemas dolorosos². Ahora la podemos contemplar en todo su ancho,

² Sobre la figura intelectual de Gabriela Mistral recomiendo revisar los títulos *Recados completos* y *Por la humanidad futura* integrados a la bibliografía.

como una escritura comprometida y que siempre se preguntó por la identidad latinoamericana.

Si Mistral va para arriba, Neruda va para abajo, y eso se podría entender desde un ajuste de cuentas desde el feminismo y otras visiones que problematizan esa unión entre poesía, patriarcalismo y partidismo³. Ya nadie quiere mucho a Neruda y hasta su flamante fundación viene en picada tras una grave crisis económica, un lugar que antes fuera el semillero de la nueva poesía de las dos últimas décadas. Siguiendo esta línea, han tomado posición las obras de autoras contemporáneas, que han recibido su merecido lugar en premiaciones, reediciones y apariciones públicas. Que el último premio nacional lo haya recibido Elvira Hernández —la segunda poeta en obtenerlo—, que el premio Pablo Neruda haya condecorado a Rosabetty Muñoz, y el de artes visuales lo haya merecido Cecilia Vicuña, no solo es un buen síntoma, sino que muestra un relevamiento crítico de los lectores.

Hoy, en Chile, la más amplia franja lectora corresponde a mujeres de entre los 20 y los 40 años (AA.VV., 2022: 13). Esas mismas lectoras han sido responsables de ello, formadas en su mayoría críticamente y poniendo en discusión los panoramas establecidos durante décadas, incluso los que predominaban tras la vuelta a la democracia. Este impulso tomó fuerza antes del estallido social, movimiento en el que el feminismo tuvo un lugar preponderante. Ahora bien, si esas discusiones se iniciaron en la academia, se hace evidente que no quedaron reducidas a ese espacio, pasaron por clubes de lecturas, librerías, redes sociales, revistas... tampoco digamos que era una conversación corriente en los buses o trenes, pero es un viento de cambio que sigue soplando en distintas disciplinas y en el cotidiano de la ciudad.

Si el debate ya no está anidado en la academia, sí hay algo digno que remarcar en la labor universitaria; se trata de las ediciones y colecciones de poesía que han materializado varias casas de estudio, algunas dignas de nombrar: Ediciones Diego Portales, Editorial de la Universidad de Valparaíso, Universidad Alberto Hurtado, Universidad de Talca y la Universidad Austral, entre las más señeras e interesantes. Esto ha permitido un acceso mucho mayor a la tradición poética chilena y, también, a leer con mayor disponibilidad los libros de la generación de los 80, muchos de ellos producidos en dictadura y de compleja disponibilidad. A esto se suma la labor de cientos de editoriales

³ Hacia 2022 la conocida radio norteamericana NPR hizo un artículo respecto a la figura de Neruda desde el feminismo, escrita por John Otis en 2022. <https://www.npr.org/2022/10/15/1127988385/pablo-neruda-chile-metoo>

independientes que por años no han dejado de poner su catálogo a disposición de la lírica y la experimentación.

Con todo esto, podemos decir que sí, que la poesía importa, que si hay un desfile de la marina en Valparaíso y se cuelga una gigantografía en un edificio de los versos de Elvira Hernández “No los arrojaron al mar, / los arrojaron sobre nosotros” (Hernández, 2016: 190), es porque aún cobra sentido, porque es un arma afilada contra la desmemoria. Eso sí, la poesía nunca se moverá a la velocidad del mercado financiero o de las entregas de comida rápida. En algún instante de la década del 2010, se pensó que las redes sociales irrumpirían y crearían nuevos referentes de escritura más pasatistas, pero nada de eso ocurrió; ni los *instagram poets*, ni los mundiales de poesía, ni los slam —que de alguna manera son otras formas de circulación del verso—, interrumpieron algo que en Chile obtiene cierta categoría: el movimiento entre la tradición y la ruptura.

Almácigos: formas de leer

No tengo la menor idea de cómo hoy se lee poesía.

Al menos podría partir con mi formación y la manera que tuve de acercarme a ella para ver qué hay de distinto.

Hace 20 años, las revistas tenían un lugar preponderante. En ellas, uno podía encontrar reseñas, selecciones, homenajes, anuncios, declaraciones. Las encontrabas en las librerías, algunas en los kioscos, o formaban parte de los suplementos del fin de semana de los periódicos más grandes. Había una que incluso era una parodia a todo el sistema literario y que me encantaba leer: *La Piedra de la Locura* y otra altamente coleccionable, *La Calabaza del Diablo*. Algunas eran de muy buena calidad, como el *Rocinante*, *Grifo* o *Antítesis*, pero su circulación era menor. Hoy las que quedan funcionan de la misma manera, excepto por el kiosco que se ha ido despojando de papel para dar paso a más caramelos u opciones del polirubro. Digna de nombrar es *Medio Rural*, *Santiago*, *Pensar & Poetizar* o *Palabra Pública*, sostenidas desde las líneas de la universidad pública y privada.

Tal vez lo que vino a reemplazar a la revista, como medio físico, es el fanzine, un artefacto que revivió en estas últimas décadas. Lo que antes hacía la máquina de escribir y la fotocopiadora en los 80 y en los 90, ahora se mueve a través de las impresoras láser y las técnicas de riso y serigrafía. Cada vez es más común ver ferias en donde las y los editores de fanzines exponen sus creaciones. Se podría decir que es un tipo de publicación que está entre el libro-objeto y el convencional, pero sin duda es de una circulación más rápida y económica.

Pariente cercana del fanzine son los colectivos de artes gráficas y las ediciones artesanales que proliferan y han lanzado sus esporas en distintos puntos del país. Algunos desde el Desierto de Atacama, como el Lagda, o Cerro Press ubicado en el plan de Valparaíso u otros en una visión nómada como Ctenóphora, que regresan a las matrices de tipos móviles, o la desaparecida Hojas Rudas, que dislocaba el formato libro en aparatos lúdicos. Cianotipias, planchas, bordes cosidos, tipografías de plomo, tablones, esta floración de laboratorios de la palabra y la materia tuvieron su momento de alza en el estallido y hoy recomponen sus contenidos en ferias, encuentros, convocatorias. La poesía no solo se transporta en soportes de papel, sino también a través de bombardeos de poemas sobre ciudades como el Colectivo Casa Grande o la experimentación sonora de La Orquesta de Poetas, pero más profundamente en la garganta de los cantores a lo humano y a lo divino que aún se divisan en laderas y quebradas.

Otra forma de difusión que hace dos décadas estaba en boga era la web, que antes era más libre de lo comercializada que está ahora; era común una transmisión de obras o hallar foros en torno al tema. Lamentablemente, también los medios escritos virtuales han ido decayendo. Se mantiene como un espadachín la página de Letrass5, que como algunos han mencionado, resulta ser el diario mural de la poesía contemporánea: su archivo de escritores probablemente no tiene parangón, considerando sobre todo que es un esfuerzo individual. Por ahí uno puede encontrar 60 watts, Loqueleimos, Origami, la extinta La Calle Passy (dirigida por casi una década por el poeta Víctor Quezada), La Raza Cómica y Oropel, por mencionar algunas que permanecen, promueven y resultan ser archivadores momentáneos de la novedad, la polémica y la reseña.

Ahora existe un mayor acceso a libros que hace 20 años, básicamente por la continuidad que algunos proyectos editoriales han tenido, principalmente por los apoyos de los fondos estatales concursables del libro. Las ferias son otra instancia para la exhibición y la lectura. Los talleres literarios abundan, los premios siguen o se amplían. Toda esta funcionalidad se da por esa mezcla entre recursos otorgados por el gobierno, acciones individuales o grupales, actividades académicas u organizaciones territoriales, como municipios o fundaciones. Y a esto se suma una instancia que no se puede dejar de nombrar, que es la ampliación de bibliotecas públicas que hoy cumplen con la función de acercar a curiosas y curiosos, de abrir la lectura a la comunidad –dentro de lo posible, y de lo posible burocrático.

Respecto a los premios, uno puede encontrar sin mucha dificultad uno como el Roberto Bolaño, dedicado a escritores menores de 25 años

o, en otra vereda, pero no muy lejana, el concurso del FUCOA dedicado a la poesía rural. Arriba, el Mejores Obras publicadas e inéditas. Más arriba, el Premio Municipal de Santiago, que en su sección del género es toda una institución en el continente. Y, en el centro, el siempre cuestionado Premio Nacional, que nunca deja a todos contentos.

Teniendo lo anterior como un viento a favor, que sacude las copas de los árboles, uno podría decir, sin tentar a pájaros de mal agüero, que hoy hay mayor exceso, pero probablemente se lee menos.

Un cantero dentro de un cantero

¿Y qué pasaría si los fondos estatales desaparecieran? Esa es una pregunta que cada vez nos hacemos más. Si un gobierno futuro contemplara que es una inversión innecesaria, pues bien, de un plumero se va gran parte del ecosistema editorial al carajo, en especial el de poesía. Son pocos los sellos que mantienen su catálogo abierto, funcionando y constante, la mayoría subsistiendo gracias a la subvención.

Editar poesía nunca fue un gran negocio, no es para emprendedores, sino para "emperdedores", gente que se arriesga al fracaso o se hermana con él. Es un oficio digno —aunque haya personas que se esmeren en ensuciarlo—. Tácitas, Descontexto, Bisturí 10, Aparte, Overol, Inubicalistas, Komorebi, Cuneta, Cuadro de Tiza, La Calabaza del Diablo, Lom, Pez Espiral, Libros del Cardo, son algunas que se sostienen desde diversas zonas del país, incluyendo en sus catálogos reediciones de obras consolidadas, rescates patrimoniales, traducciones o títulos de autores jóvenes. Cada semestre nace un sello más gracias a los fondos, pero ¿es un movimiento sustentable? ¿Es posible este circuito de ferias, distribuciones acotadas o amplias, impresiones y reimpresiones, sin contar con financiamiento externo?

Estas preguntas al aire demuestran lo frágil de este medio ambiente de publicaciones. Son contados con los dedos los sellos que cumplen con distribuir en librerías, pagar los derechos al autor o realizar las labores de prensa. Las aventuras de este tipo son emprendidas por una o dos personas, en su mayoría autores que tienen esta actividad como una de sus tantas labores adicionales. Un salto al vacío del que se ve poco relevo en las nuevas generaciones, y que, no obstante, existe y cumple con acercar y mediar entre lecturas, refrescar catálogos en un país pequeño en donde mover un libro de un punto a otro es muy difícil por los accidentes geográficos y los efectos de la centralización de la cultura.

Al final, todo pasa en Santiago. Aunque hay otras capitales poéticas dignas de mencionar. Valdivia es quizás una capitanía general en sí misma, por la presencia de Verónica Zondek, Antonia Torres, Yanko González y varios más en ejercicio. Luego Punta Arenas, tierra de Oscar Barrientos, del narrador Ramón Díaz Eterovic, Christian Formoso. El norte grande, tiene en Arica a Rolando Martínez de la engrasada editorial Aparte y en Iquique a Navaja y Sismo ediciones. En el centro, Valparaíso -cada vez más deslucido- y Viña del Mar reúnen a una serie de sellos, autores, librerías, espacios y academias, donde entre los independientes es evidente el trabajo de Gladys Gonzalez y Ediciones del Cardo, o el extenso e histórico catálogo de Altazor. En Castro, Rosabetty Muñoz y los autores de Chiloé mantienen un margen interesante de diálogo permanente con su rica identidad territorial, así como en el Maule, Américo Reyes, Felipe Moncada y varios más ejercen labores de difusión y escritura constante. Hay muchos más puntos. No se asesine al mensajero por no nombrar cada uno, por no decir San Antonio, La Serena o Concepción. Al final, no todo pasa en Santiago.

Estos mapas se reconfiguran porque los poetas migran al igual que ciertas aves. Santiago contiene un número muchísimo mayor de librerías, más que todo el resto del país en suma. De igual manera con bibliotecas, imprentas, centros culturales, etc. Por lo tanto, hacer gestión y movilizar la pluma desde la provincia es algo más que la mera resistencia, es justamente cuestionar al centro, una capital dividida por clases, elitista y muchas veces cerrada y "ninguneadora" de lo que venga de otro punto de la nación —no así de la lengua anglosajona, japonesa o coreana—. Para el norte, la riqueza está en el diálogo con las tradiciones peruanas y bolivianas, así como en el sur se da un flujo mayor con la patagónica argentina. Ese eje que resultaron los puertos en el siglo XX, progresivamente se han convertido en expresiones de distribución y almacenamiento. Santiago queda en este mapa como una isla dentro de una isla, un bloque urbano constituido de barrios estratificados, con accesos muy disímiles a la lectura.

En una casa de barro, una población o en un departamento, en los extramuros de los extramuros del planeta, alguien piensa en la poesía.

Sustratos: la poesía ante sí misma

Entonces, ¿la poesía goza de buena salud? La poesía siempre ha gozado de buena salud. Lo que probablemente complejiza las cosas es si el debate y la discusión sobre la poesía goza de las defensas necesarias como para subir una montaña, salir a trotar. Como hemos visto, hay

figuración a pesar de todo. Eso da para pensar, si es que los poetas discuten tanto como antes, si es que las poéticas entran en diálogo, si se conversa de alguna manera en la cocina del verso. Hablando con algunos colegas, evidencio que la falta de reseñas, críticas en medios o espacios discursivos en sitios académicos para hablar de poesía ha derivado en que los poetas escriban sobre ella, ensayen o investiguen de maneras distintas.

En el último tiempo, han salido algunos títulos que indagan en las nociones de canon y realizan un relevamiento a obras tanto contemporáneas como otras más conocidas. Cada uno de estos han sido escritos por poetas de extensa trayectoria. En estos títulos, algunos practican una escritura más formal y otras optan por desarmar las nociones básicas del género, hacen participar a la escritura poética de esa huerta del pensamiento.

En *Lecturas de poesía chilena. De Altazor a La bandera de Chile* (UC, 2019), de María Inés Zaldivar, avanza pertinentemente en la poética de varias autoras poco revisadas por la crítica establecida: Chela Reyes, Damaris Calderón, Olga Acevedo o Winnét de Rokha. En *Territorios invisibles* (Inubicalistas, 2016) y *Versiones del instante* (Universidad Católica del Maule, 2022), Felipe Moncada ha cristalizado un afán de descentralizar lecturas y cánones, abriendo las referencias hacia otras zonas, ya sea marginales o rurales, fuera de los centros del poder mediático o académico; en este sentido, el primero de estos títulos es una notable propuesta para apuntar las antenas hacia nombres como Cristián Moyano, Hurón Magma, Víctor Hugo Zaldivar, o la poesía mapuche o magallánica.

Por su parte, tanto Jaime Pinos en *Visión periférica. Ejercicios críticos* (Das Kapital, 2015), Ismael Gavilán en *Inscripción a la deriva* (Altazor, 2016), *Sentido de lugar* (Komorebi, 2021) de Sergio Mansilla Torres, *La voz de lejos* (Aparte, 2025) de Antonia Torres o *Valparaíso y sus metáforas* (Inubicalistas, 2021) de Jorge Polanco Salinas, reúnen en sus libros una serie de textos críticos desarrollados en un largo lapso, en donde reivindican las lecturas tanto de autores anteriores en la tradición u otros que recién comienzan en sus labores: en estas páginas se repiten mucho palabras como “contracanon”, “experimentación”, “posdictadura” o “territorialidad”.

Por otro lado, en *La viga maestra. Conversaciones con poetas chilenos 1973-1989* (Universidad Diego Portales, 2019) de José Tomás Labarthe y Cristián Rau, es uno de los recopilatorios más representativos de distintas poéticas surgidas tras el último golpe de Estado, y que avanza desde la capital hacia las provincias. En *Confróntese con la sospecha* (Universitaria, 2006) Marcelo Pellegrini hacía una revisión —no sin

polémica— de la generación de los 90. Asimismo (y no sin cierta vergüenza), tendría que añadir mi propio *Trabajos voluntarios* (Aparte, 2021), en el que cruzando anécdotas personales y poéticas se realiza un mapa de la poesía chilena y sus procedimientos en el siglo XX.

Otra forma de ensayo ha estado también en la revisión más subjetiva y multidisciplinaria de ciertas temáticas. Por ejemplo, *Contra el cliché* (Mundana, 2022) de Julieta Marchant y *Una poética por otros medios* (Bisturí10, 2022) de Enrique Winter, en donde se evidencia una manera de desarrollar un pensamiento en torno a lo aprendido y ejercitado en el oficio, y a la vez ser declaraciones de poéticas. En otro tono, el volumen didáctico *¿Quién le teme a la poesía?* (Laurel, 2020), realizado por Felipe Cussen, Macarena Urzúa, Gastón Carrasco, Manuela Salinas y Marcela Labraña trata, a través de entradas breves, distintas cuestiones fundamentales del género explicadas en un formato divulgativo.

En *La transparencia de las ventanas* (Universidad de Valparaíso, 2022) de Macarena García Mogglia, gira alrededor de la visión y la mirada en obras visuales y poéticas, así como en *Ruinas* (Bifurcaciones, 2021), Johnatan Opazo revisa diversas expresiones de la destrucción y del reemplazo, dando lugar a una escritura que se pregunta por la identidad del terremoto, los quiebres institucionales y la pervivencia de lo eriazado. En otro plano, vale la pena destacar el libro *El hijo del presidente* (UACH, 2020), un ensayo biográfico notable de Leonardo Sanhueza sobre la figura del poeta del siglo XIX Pedro Balmaceda, quien influyó poderosamente en Rubén Darío y las vanguardias de la centuria venidera.

Un caso excepcional es el de *¡Arresten al santiaguino!* (Overol, 2018) de Mario Verdugo, que consiste en una serie de ensayos biográficos de poetas de regiones del siglo XX, la mayoría desconocidos para el público general. Por momentos, Verdugo nos hace dudar si estos perfiles resisten la división entre la ficción y el dato objetivo, apoyado además en un tono humorístico que convierte a estas prosas en un ácido reflejo del contexto cultural chileno, la pobreza y el delirio.

Surcos: la diversidad de poéticas

A partir de lo anterior, es necesario preguntarse si existe alguna poética predominante, o por ahí algún tipo de discurso que sea más visible. Aquí, nuevamente, tengo que excusarme, porque probablemente mi mirada sea demasiado ajustada a mi propio desconocimiento. Tampoco sé si estas estéticas tienen alguna denominación de origen que las catalogue, como en el caso de las familias y subfamilias de los insectos, hasta llegar a especies y subespecies. La idea no es clavar a nadie con un alfiler, porque

lo que aquí pasa es que ninguna de estas ideas es fija, hay autoras y autores que beben de distintas vertientes.

El método *documental* surge como un nombre decidor, como una manera de articular la escritura mediante distintos montajes de discursos y disciplinas, explorando temáticas con un ánimo ensayístico, deconstruyendo en una investigación las fuentes o versiones de la historia oficial. Ejemplos importantes son *Documental* (Alquimia, 2018) de Jaime Pinos, *Ejercicios de enlace* (Cuarto Propio, 2007) de David Bustos u *11* (Naranja, 2017) de Carlos Soto Roman, en un ala más experimental, al trabajar con archivos de la dictadura. En estos y otros títulos uno se puede encontrar con material desclasificado, citas o recortes de periódicos, intervenciones visuales, reescrituras de folios o de cuanto texto esté disponible para tacharlo o desmontarlo. Digamos que estos procedimientos reactualizan tanto los formatos utilizados por Elvira Hernández, Carlos Cociña, Raúl Zurita o José Ángel Cuevas, en una continuidad programática y crítica del formato clásico de la poesía, citando a Pinos, para “escribir las palabras del desastre / con el lenguaje sobrio y sereno del testigo” (Alquimia, 2018: 35).

No tan lejos del documental está un método aún más subjetivo, de “*metraje personal*” si se quisiera, a la vez que movilizado por la cultura pop, el ensamble, la intertextualidad. Esta poesía, de origen más noventero, tuvo a su cabeza de serie en Germán Carrasco, quien además comparte militancia con expresiones del cine, el ensayo y la crónica. En esta estética, el Yo tiene espacio para su puesta en escena, su cuestionamiento de las formas clásicas de la poesía y el papel de ella en la cotidianidad, teniendo una renovación en los poemas de *Guía para perderse en la ciudad* (Vox, 2012) de Víctor López Zumelzu, en los cuales la superposición de hechos objetivos y experiencias subjetivas se suceden en exploraciones plásticas de un verso que reproduce los residuos del capitalismo. El viaje es otro de los motivos presentes, siendo un ejemplo notable el libro de Natalia Figueroa *Una mujer sola siempre llama la atención en un pueblo* (Das Kapital, 2014), en donde, al contrario de lo revisado arriba, asistimos a una expresión más íntima, sosegada y no menos visceral del metraje, con un Yo camuflado entre visiones de Grecia y Turquía. Siguiendo un tono similar, está el practicado por Juan Santander en su versión de paseante urbano, una especie de tomador de notas, bien autodescrito en las líneas de sus prosas de *El río Sábado* (Overol, 2022): “Me interesa lo que resucita, lo que no posee subjetividad y resucita, porque no uso la palabra amor con los objetos” (Santander, 2022: 45).

El *neolarismo* es otra ala digna de mención dentro del jardín poético actual. Nace como una conversación con las poéticas de Jorge Teillier y Rolando Cárdenas, que buscaban en sus obras dar cuenta del

desplazamiento del sujeto rural hacia la urbanidad, en un ejercicio de nostalgia y reconstrucción de un mundo idílico centrado en la infancia y en la cercanía a la naturaleza. Esas temáticas han sido reelaboradas desde contenidos más crudos y cercanos a la contingencia, como la migración, el avance de las inmobiliarias e industrias forestales, los resultados de las políticas libremercadistas al interior de los hogares y comunidades. En sí, por aquí pasa gran parte de lo que hoy se escribe desde la obra de Rosabetty Muñoz, Felipe Moncada, Damsi Figueroa y Cristián Cruz, cada uno de ellos desde distintas perspectivas, activando una memoria personal y colectiva en medio del extractivismo, la alienación, la marginalidad o la destrucción de los ecosistemas y formas de vida tradicionales. Por lo tanto, es la vinculación con el medio lo que toma protagonismo, desarmando esa noción del lar como un momento estelar de la humanidad; no hay lugar idealizado, ni mucho menos un ánimo melancólico: el lar es la comuna intervenida, los precedentes de la explotación, a la vez que una oportunidad exploratoria en las raíces de la violencia y un sin número de vertientes que desembocan en una escritura territorializada.

Como no soy académico y pienso en jardines y sistemas de cohabitación, creo entender que una franja importante del neolarismo dialoga en parte con la actual poesía *mapuche* que, en sí, daría para un ensayo de ocho mil páginas. ¿Es poesía chilena? Al menos los poetas de esta lengua que habitan el territorio llamado Chile han levantado una de las voces más críticas y potentes de la escritura de los últimos treinta años. Es muy tirado de las mechas no pensar esta serie de relaciones sin las voces de Elicura Chihuailaf, Graciela Hueinao, Leonel Lienlaf, Roxana Miranda y Jaime Luis Huenún, por nombrar algunos que se retrotraen a la vertiente originaria del *ñil* o canto tradicional mapuche, de las fuentes cosmogónicas y comunitarias de uno de los pueblos más fuertes identitariamente de Sudamérica. Por otro lado, en las obras de David Añiñir y Daniela Catrileo, se observa a su vez el desplazamiento, la migración a la ciudad, la ruptura con el ritual, que sufre el individuo contemporáneo, que se siente en muchas ocasiones hasta desprendido de la lengua de sus padres y abuelos. Por esto, no podría dejar de decir que dentro de lo que hoy se publica, la proyección que ha tenido la poesía mapuche es una de las más prolíficas en todas sus posibilidades expresivas.

Existe otro tipo de estéticas que cuestionan el lugar y el sentido de los *cuerpos*, tanto desde un punto de vista individual como colectivo. Las nociones de género ahí son puestas en entredicho y por lo tanto el sitio de la enunciación. Estas poéticas trabajan directamente con la historia personal traspasada por discursos de normalización y

estandarización, con temáticas urbanas o también naturales. Al discutir el lugar del lenguaje, también hablan del lugar de la poesía, muchas veces en un gesto metapoético, convirtiendo al poema en un campo experimental. Nadia Prado, Florencia Smith o Greta Montero lo han podido desarrollar con obras que parten desde un punto de vista subjetivo, de la "herida" o, en otros momentos, conversando no tan secretamente con otras escrituras y fuentes teóricas del feminismo o de la literatura *queer*. Este movimiento tiene en Rodrigo Arroyo otra arista, en tanto que el cuestionamiento de los cuerpos tiene su sitio en la historia contemporánea del país y el proceso de dictadura. En su ámbito más secreto, no se podría dejar de recomendar la escritura de Gustavo Barrera Calderón, que realiza uno de los trabajos más particulares, entendiendo al cuerpo dentro de una concepción arquitectónica de sentido, despojado de cualquier tipo de metafísica, una poesía a ratos clínica y en otros extremadamente dramática.

A inicios de los 2000, una postura en torno a las poéticas del cuerpo tuvo su expresión performática en lo que se llamó la *novísima*, que se impregnó de la experiencia del *happening*, la intervención artística *in situ*, una vuelta al neobarroco, con voces que aludían a subjetividades desarrolladas en los bordes de la urbe y de los sistemas de poder. Surgió en los albores de las manifestaciones estudiantiles y halló un hueco en ese sentimiento generacional del desplazamiento y la marginación. De todo ello quedó como baluarte en la desbordante escritura de Héctor Hernández Montecinos, hoy en un cruce cada vez más cercano con la escritura de diarios íntimos y el ensayo, y Paula Ilabaca, en una poética-relato en donde se plasma una ruptura con las normas sociales impuestas al cuerpo de la mujer. Comúnmente, también se ha asociado a la obra de Gladys González con estos inicios, aunque su trabajo se fue cada vez más direccionando en una unión alegórica de la individualidad con el cuerpo de la ciudad, en una propuesta de lo quebrado, del *trash*, la creación de una oscuridad personalísima y condensada. En cada una de estas obras se nota un enlace con literaturas anteriores como la de Zurita, Cecilia Vicuña y, sobre todo, la de Carmen Berenguer.

La vuelta a la tradición nacional y universal se ha convertido en un motivo cada vez más corriente desde las obras publicadas en la generación del 90 hacia adelante. Ese diálogo se da en la forma de *reescrituras* de poemas anteriores, o de intertextualidad, trayendo al pasado para interpelar al presente. En esto, la poesía de Tomás Harris, Armando Roa Vial, Soledad Fariña y Damaris Calderón dejan un antecedente importante, tanto desde su posición de traductores como también de editores. La figura del *personae* o de máscara ha sido uno de los formatos quizás más interesantes utilizados por autores en estas

épocas, en la particularidad de crear heterónimos, voces que hablan a través del poeta y enfrentan la memoria popular en un enroque con las poéticas de Fernando Pessoa, Robert Browning, Ezra Pound y, de manera más atingente, con la Edgard Lee Master. Aquí se podrían nombrar un número largo de ellos, como por ejemplo Christian Formoso, Leonardo Sanhueza, Jorge Velázquez, Gloria Dünkler, Mario Verdugo, Christian Geisse, César Cabello o el particular trabajo de Américo Reyes en *Black Waters City* (Nueve Noventa, 2018). En sí, cada uno de estos autores ha utilizado la máscara como una instancia para dislocar sus realidades de provincia, la historia oficial y cultural de territorios alejados del centro, desarmando, cuestionando o parodiando los panteones establecidos. Desde los poetas suicidas seguidores de Mistral de Geisse, a las interlocuciones desde las criptas de Punta Arenas de Formoso, esta operación funciona para ejecutar dentro de los discursos del colonialismo o de la academia un líquido corrosivo, que tiene en Verdugo y Dünkler dos ejemplos notables.

Un regreso a la *composición clásica* y tradicional de la poesía es otra vertiente que ha tenido continuidad, posiblemente en menor número, dado que los conocimientos técnicos que hay que tener para desarrollar estas estructuras requieren en muchos casos un estudio pertinente y acabado del hecho. En las últimas décadas irrumpió esta vertiente vía las obras de Rafael Rubio y Juan Cristóbal Romero, quienes han retomado elementos del Siglo de Oro español, de la poesía de Gabriela Mistral o de la recolección de Violeta Parra. Aquí, las temáticas son variadas, pueden ir desde la muerte del padre a la metapoética, pero ese sentido de regreso a la lírica clásica también ha encontrado un espacio en escrituras menos programáticas en su construcción, de verso libre como la de Alejandra del Río o Juan Carlos Villavicencio, que, sin ir a esas estructuras formales, sí retoman un ritmo y una impronta donde la poesía contiene un sentido ominoso, reviviendo la signatura del canto.

No quería dejar de lado algo que me he tentado en llamar la poética *materialista*, no en un sentido peyorativo, sino en cuanto se levanta como un método que se cuestiona por su objeto de composición, por la capacidad de la palabra de asirlos, generando así flujos en donde pareciera convivir lo documental, el neolarismo y el cultivo de métricas tradicionales. Es difícil sintetizar esta experiencia de lectura, pero podría nombrar en su surco más intimista *Gozo* (Aparte, 2025) de Lucas Costa, una despedida a una madre intensa contenida en gestos, objetos y maneras de decir, en una especie de cortometraje de 35mm con cierto desgaste del color; en el otro surco, *Isla Riesco* (Jámpster, 2019) de Mariana Camelio, que el crítico Carlos Henrickson –quizás el más entendido en temas de poesía contemporánea–, ha

nombrado como un hito compositivo, por la capacidad de imbricar la experiencia, la memoria, la descripción geográfica y la historia, por esta autora de Punta Arenas, que la acerca a otra obra, *Magnolios* (Overol, 2019) de Victoria Ramírez, la cual utiliza dispositivos similares para trazar una botánica personal, que va del cuestionamiento de la maternidad a los incendios forestales.

No obstante, no quiero alargarme demasiado, hay mucho por podar, mucha franja de tierra: acomodar y fertilizar. Semillas hay por montones, guardadas en frascos. En la poesía chilena actual hay espacio para todo tipo de voces, desde las más objetivas a las íntimas, desde las que cavan surcos en terrenos por donde ha pasado la ignominia, en las que no obstante siempre está la pregunta por la apertura de las grandes alamedas.

Algunas semillas

Los colibríes y chercanes pasan por fuera de mi ventana en esta tarde de primavera entre el zumbido de abejorros, abejas y moscas polinizadoras. Por lo tanto, es momento para cerrar este texto hablando brevemente de tres obras que estoy leyendo en la actualidad: *Muerte natural* (Del Archivo, 2021) de Damsi Figueroa, *Flores de ulmo/Ombú* (Bisturí10, 2024) de Pedro Montealegre y *Black Waters City* de Américo Reyes. Esta selección es bastante arbitraria y antojadiza, no está guiada por ningún favoritismo, dado que personalmente no conozco a ninguno de los autores, sí sus producciones anteriores, y creo que se engarzan bien con el acápite anterior:

Río arriba, por el rastro de los lavaderos de oro,
cuídate del cuero, me dicen, del yepo, de los nidos que devoran
gente,
cuídate de los brujos con cabeza de Tue Tue. (2021: 17)

Son los versos primeros de “Kurapaliwe” de Damsi Figueroa, perteneciente a su libro *Muerte natural*, una edición del 2020 de Ediciones del Archivo. Es un objeto sencillo que probablemente no estuvo en muchas librerías, pero que conseguí en un stand de la Primavera del Libro. En general, su obra se mueve entre el neolarismo y la tradición mapuche, las leyendas del campo, el registro del extractivismo, la migración y otras problemáticas que incluyen cuestiones de género. En sí, su poesía tiene la riqueza del habla popular, de los nombres de plantas, animales y lugares, y de una observación sobre la historia personal y

colectiva. Una declaración que está en el poema “Casa de sal”: “Mi rebeldía niña destierro prematuro / me llevó a ese dominio numinoso, / un palito, una hojita, una lombriz” (2021: 30) o, versos más adelante, “El oído agucé / para seguir el rumor de los fantasmas”. En este sentido, esta escritura remueve los cimientos del lar y lo revuelve con el compostaje de la vida campesina. Los fantasmas son presencias reales en esta circularidad, *médiums* o vasos comunicantes con los antiguos y sus gestos.

Su poesía no está lejos de otros libros similares, como *Todo cocido a leña* (Inubicalistas, 2014) o *El olivar* (Cataclismo, 2011) de Cristián “Chiri” Moyano, que revive esas tradiciones rurales desde la oralidad, poniendo el valor en la continuidad de esas experiencias como una resistencia contra la maquinaria del libre mercado. En Figueroa, la ternura no pareciera estar alejada de su percepción, en tanto que en el acto de nombrar lo mínimo aparece una intención de proteger, al tiempo que surgen escenas que parecen ensoñaciones o visiones míticas: “Alguien inventó el color azul para sellar mi tristeza. / Alguien cruzó el mar con un cántaro de color azul entre las manos / y derramó ese cántaro en los ojos de mi madre” (2021: 38). El *kalfú* o azul sagrado de la cosmovisión mapuche está ahí presente, envolviendo el árbol familiar y la efigie materna, algo que expresa una consecuencia en su libro *Signos vitales* (Aparte, 2022) que reúne *Muerte natural* (Del Archivo, 2021), además de *Judith y Eleofonte* (Letra Nueva, 1995) y *Cartografía del éter* (Del Temple, 2003).

Uno de los escritores más dinámicos que ha tenido la poesía chilena en las últimas décadas ha sido la figura de Pedro Montealegre (1975-2015). Pareciera que todas sus curiosidades las hubiera expresado en sus libros. La editorial Bisturí 10, recopiló en un solo volumen dos de sus trabajos inéditos *Flores de ulmo* y *Ombú*. En ambos, el cuerpo, la proximidad con lo natural, el cuestionamiento del lugar de la poesía, se dan sin dejar de lado la ironía, una expresión a ratos barroca, a ratos contenida, momentos de furia y otros de profunda contemplación.

Todos nacimos con poderes mágicos: no es mito ni psicología, no es antropología. Natural como respirar, como comprar pan en el almacén de González, ver tele o perderse entre las hierbas más altas. (2024: 43)

Flores de ulmo es una entrada biográfica a un período de residencia en el sur de Chile, entre los años 1999 y 2000, en un “cuasiencierro”. Su escritura es una urdimbre de percepciones y observaciones, anotaciones, preguntas: “¿que hacía con mi cuerpo de carbón mojado? No tenía más

letras que estos pájaros volando” (2024: 13). En claroscuros, esta bitácora se puebla de polillas, caballitos del diablo, escarabajos, grillos, la palabra deseo, aves rapaces, un bosque e imágenes surreales que se suceden:

Mi casa los rostros la razón de los fantasmas
la bondad de las enredaderas la cicatriz del tiempo
las partes que componen mi lugar el cordero
la seta venenosa mi casa es mi tiempo
y yo soy su vigía. (2024: 26)

“Mal que le pese a los de corazón ceremonioso, el compilador de esta antología ha querido dar fe de la tan heterogénea como exuberante producción escritural de autores nacidos, a partir de 1957, en Black Waters City”, dice Américo Reyes en el epílogo de su libro homónimo. Curicó es la protagonista de estas páginas y su escena de poetas y bandoleros. “Aguas oscuras” es el verdadero nombre de esta ciudad en mapudungun, el refugio de un número no menor de autores delirantes, secretos e incluso ninguneados.

A Américo Reyes no le queda otra que articular esta selección con el ánimo de mostrar una fauna variopinta, que resulta ser una sucesión de “el sosiego y la cólera, el cahuín sarmentoso, el chisme de zapa y el sub-chisme, historias de revolcón y calumnias a contrapelo” (2018: 24). Uno no puede pasar por Black Waters City y salir limpio. Ni entre los propios antologados hay paz. Poco o nada se habla de sus biografías, a lo más sabemos que entre ellos hubo trifulcas, tal es el caso de *Fumas* de María Isabel Araya, resumido por otra poeta como “el peor poemario urdido por alguien de Black Waters City”. Excesos de grandilocuencia también los hay, como el de Rodrigo Emilio Valente que se despacha en medio de sus poemas con una nota al pie de más de cuatro páginas de extensión y en donde se revela una conversación cuya pura y santa verdad declara la posibilidad que cada uno de los autores son una mera invención de Américo Reyes y su “mente megalómana”.

Black Waters es la novela picaresca de la poesía chilena reciente. En sus páginas se ríe de todo el ejercicio de poéticas que declaré más arriba. No queda títere con cabeza, ni los mapuches, ni las feministas, ni los autores pop, ni los místicos, nada de nada. Un gesto que recuerda a *La vuelta del Cristo de Elqui* de Nicanor Parra o de los *Detectives salvajes* de Roberto Bolaño, pero que va más allá para dar desde provincia un golpe al escritorio tan formal y de formol de la poesía contemporánea, a su sociabilidad y a sus imposturas intelectuales.

Cerco abierto

A modo de cierre, es posible afirmar que la poesía chilena del siglo XXI pasa por un nuevo proceso de metamorfosis, sigue cantando como las cigarras, aunque las escuchemos menos por el ruido de los motores de los automóviles. Lejos de los reflectores que iluminaron brevemente su potencial revolucionario durante el estallido social, ha encontrado refugio y vitalidad en los márgenes: en la persistencia silenciosa de las editoriales independientes, en la reconfiguración de los cánones impulsada por una crítica feminista y descentralizadora, y en la exploración formal de poéticas como la documental, el neolarismo y la mapuche, que arraigan el lenguaje en la tierra, la memoria y el cuerpo.

Su salud, por lo tanto, no se mide por su visibilidad en los grandes medios o su rentabilidad en el mercado, sino por su capacidad de mantener vivo un grado de escepticismo –la duda que solicitara Enrique Lihn en *Escrito en Cuba*– en un contexto social y político que clama por certezas absolutas. ¡Qué más incierto, por favor, que un poema! Es imposible encontrar algo parecido en un mundo que premia la seguridad y la comprensión inmediata. En ella no hay riquezas materiales, y quizás esa es justamente su riqueza. La cuestión es preguntarse quién lee, y si esa costumbre silenciosa podrá sostenerse en el tiempo o de si la poesía seguirá siendo importante en la era de las pantallas táctiles, las reproducciones infinitas, la *big data* y la inteligencia artificial.

Este artículo ha buscado brindar un panorama de lo que ha ocurrido en los 25 primeros años de este siglo, que probablemente no sea lo más completo o efectivo –lo que resulta imposible–, pero que tiene por centro justamente mostrar obras y autores que no están en el centro, con el destino de ir a los recodos de lo que se piensa y se escribe, además de salir de la revisión de poéticas ya consagradas y desarrolladas anteriormente a este margen. Como se ve, son muchos nombres y obras circulando, y también, como se puede apreciar, gran parte de ese intercambio es frágil y dependiente de un sistema extremadamente afecto a los cambios de las políticas culturales. Es por eso que dejo esa reflexión en torno a la dificultad de estudiar un ecosistema sin identificar sus amenazas.

Es posible que el verdadero riesgo no es la desaparición de la poesía en este territorio o en otro, sino su gentrificación: el hecho que se convierta en una construcción inofensiva, decorativa o embellecida de teoría, divorciada de su potencia de interpelación. La poesía chilena contemporánea, en su diversidad y desde su fragilidad estructural, sigue cumpliendo la tarea esencial de remover la tierra del lenguaje para

recordarnos que, incluso en los lunes más grises a las tres de la tarde,
otro jardín es posible si somos capaces de imaginarlo y nombrarlo,
nuevamente.

Bibliografía

- ALFARO PALMA, DIEGO. *Trabajos voluntarios*. Arica: Aparte, 2021.
- AÑIÑIR, DAVID. *Mapurbe*. Santiago: Odiocracia, 2004.
- ARROYO CASTRO, RODRIGO. *Chilean poetry*. Valparaíso: Fuga, 2008.
- ARROYO CASTRO, RODRIGO. *Vuelo*. Valparaíso: Inubicalistas, 2009.
- AAVV. *Leer en Chile*. Santiago: Ipsos y Fundación La Fuente, 2022.
 Disponible en:
 <https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/publication/documents/2022-10/Leer%20en%20Chile%202022_baja.pdf>. Fecha de consulta: 11/12/2025.
- BUSTOS, DAVID. *Ejercicios de enlace*. Santiago: Cuarto Propio, 2009.
- CABELLO, CÉSAR. *Libro de las Huidas y de la Hoguera*. Arica: Aparte, 2021.
- CATRILEO, DANIELA. *Río herido*. Santiago: Edicola, 2016.
- CATRILEO, DANIELA. *El territorio del viaje*. Santiago: Edicola, 2022.
- CARRASCO, GERMÁN. *Mantra de remos*. Santiago: Alquimia, 2016.
- CARRASCO, GERMÁN. *Imagen y semejanza*. Santiago: Lumen, 2016.
- CARRASCO MUÑOZ, IVÁN. *Poesía mapuche, mundos superpuestos*. Valdivia: Ediciones UACH, 2019.
- CHIHUAILAF, ELICURA. *De sueños y contrasueños*. Santiago: Universitaria, 1995.
- COSTA, LUCAS. *Gozo*. Arica: Aparte, 2025.
- COSTA, LUCAS. *Calcio en la mirada de la noche*. Valdivia: Komorebi, 2022.
- CUSSEN, FELIPE, GASTÓN CARRASCO, MACARENA URZÚA, MANUELA SALINAS y MARCELA LABRAÑA. *¿Quién le teme a la poesía?*. Santiago, Laurel, 2019.
- CRUZ, CRISTIAN. *Una bella noche para bailar rock*. Arica: Aparte, 2024.
- DEL RÍO, ALEJANDRA. *Escrito en braille*. Valparaíso: Ediciones UV, 2020.
- DEL RÍO, ALEJANDRA. *Dramatis personae*. Valparaíso: Ediciones UV, 2018.
- DUNKLER, GLORIA. *Füchse von Llafenko*. Santiago: Tácitas, 2009.
- DÜNKLER, GLORIA. *Spandau*. Santiago: Tácitas, 2013.
- DÜNKLER, GLORIA. *Yatagán*. Santiago: Tácitas, 2015.
- ESPINOZA, DENISSE. "Martín Gubbins, autor de la bandera chilena negra: 'Quedarme lo más callado posible fue una decisión ética y estética'", *Palabra Pública*, 31/03/2021. Disponible en:
 <<https://palabrapublica.uchile.cl/martin-gubbins-el-poeta-detras-de-la-bandera-chilena-negra-quedarme-lo-mas-callado-posible-fue-una-decision-etica-y-estetica/>>. Fecha de consulta: 11/12/2025.
- FIGUEROA, DAMSI. *Muerte natural*. Concepción: Ediciones del Archivo, 2020.
- FIGUEROA, DAMSI. *Signos vitales*. Arica: Aparte, 2022.
- FIGUEROA, NATALIA. *Una mujer sola siempre llama la atención en un pueblo*. Santiago: Das Kapital, 2014.
- FORMOSO, CHRISTIAN. *El cementerio más hermoso de Chile*. Temuco: Ofqui, 2016.
- GARCÍA MOGLIA, MACARENA. *La transparencia de las ventanas*. Valparaíso: Editorial UV, 2022.
- GAVILÁN, ISMAEL. *Inscripción a la deriva*. Valparaíso: Altazor, 2016.
- HERNÁNDEZ, ELVIRA. *Los trabajos y los días*. Santiago: Lumen, 2016.

- HERNÁNDEZ MONTECINOS, HÉCTOR. *Buenas noches luciérnagas: materiales para un ensayo de vida*. Santiago: Ril, 2017.
- HUINAO, GRACIELA. *Walinto*. Santiago: Cuarto Propio, 2009.
- HUENÚN, JAIME LUIS. *La calle Mandelstam y otros territorios apócrifos*. Santiago: FCE, 2016.
- HUENÚN, JAIME LUIS. *Los cantos ocultos. Antología de poesía indígena latinoamericana*. Santiago: Lom, 2014.
- ILABACA, PAULA. *La perla suelta*. Santiago: Cuarto propio, 2009.
- LABARTHE, JOSÉ TOMÁS y CRISTIAN RAU. *La viga maestra. Conversaciones con poetas chilenos 1973-1989*. Santiago: Ediciones UDP, 2019.
- LIENLAF, LIENLAF. *Se ha despertado el ave de mi corazón*. Santiago: Ediciones UDP, 2019.
- LÓPEZ ZUMELZU, VÍCTOR. *Guía para perderse en la ciudad*. Bahía Blanca: Vox, 2006.
- MANSILLA TORRES, SERGIO. *Sentido de lugar: Ensayos sobre poesía chilena de los territorios sur-patagónicos*. Valdivia: Komorebi, 2021.
- MARCHANT, JULIETA. *Contra el cliché*. Santiago: Mundana, 2022.
- MISTRAL, GABRIELA. *Recados completos*. Santiago: La Pollera, 2023.
- MISTRAL, GABRIELA. *Por la humanidad futura*. Santiago: La Pollera, 2015.
- MONCADA, FELIPE. *Ofrendas al viento y al óxido*. Arica: Aparte, 2023.
- MONCADA, FELIPE. *Territorios invisibles*. Valparaíso: Inubicalistas, 2022.
- MONCADA, FELIPE. *Versiones del instante*. Talca: Ediciones UCM, 2022.
- MONTEALEGRE, PEDRO. *Flores de ulmo | Ombú*. Santiago: Bisturi 10, 2024.
- MOYANO, CRISTIAN. *Todo cocido a leña*. Valparaíso: Inubicalistas, 2015.
- MOYANO, CRISTIAN. *El olivar*. Valparaíso: Ediciones Cataclismo, 2011.
- MUÑOZ, ROSABETTY. *Poesía reunida*. Santiago: Tácitas, 2024.
- MUÑOZ, ROSABETTY. *Técnicas para cegar los peces*. Valparaíso: Editorial UV, 2000.
- NÚÑEZ, JOSÉ. “La poesía no le importa a nadie”, *Palabra pública*, 23/06/2025. Disponible en: <https://palabrapublica.uchile.cl/jose-angel-cuevas-la-poesia-no-le-importa-a-nadie/>. Fecha de consulta: 11/12/2025.
- OTIS, JOHN. “He's known as Chile's greatest poet, but feminists say Pablo Neruda is canceled”, *NPR*, 15/10/2022. Disponible en: <https://www.npr.org/2022/10/15/1127988385/pablo-neruda-chile-metoo>. Fecha de consulta: 11/12/2025.
- PELLEGRINI, MARCELO. *Confróntese con la sospecha*. Santiago: Universitaria, 2006.
- PINOS, JAIME. *Visión periférica. Ejercicios críticos*. Santiago: Das Kapital, 2015.
- PINOS, JAIME. *Documental*. Santiago: Alquimia, 2018.
- POLANCO SALINAS, JORGE. *Valparaíso y sus metáforas*. Valparaíso: Inubicalista, 2021.
- REYES VERA, AMÉRICO. *Black Waters City*. Curicó: Nueve noventa, 2018.
- SANHUEZA, LEONARDO. *El hijo del presidente*. Valdivia: Ediciones UaCH, 2020.
- SANHUEZA, LEONARDO. *Colonos*. Santiago: Cuneta, 2021.
- SANTANDER, JUAN. *El río Sábado*. Santiago: Overol, 2022.
- SANTANDER, JUAN. *Cuarzo*. Santiago, Marea baja, 2012.

- SOTO ROMAN, CARLOS. *11*. Santiago: Naranja, 2017.
- TORRES, ANTONIA. *Lejos de lejos*. Arica: Aparte, 2025.
- WINTER, ENRIQUE. *Una poética por otros medios*. Santiago: Bisturí 10, 2022.
- VERDUGO, MARIO. *Apología a la droga*. Santiago: Pez espiral, 2015.
- VERDUGO, MARIO. *Robert Smithson & Robert Smith*. Santiago, Overol, 2017.
- VERDUGO, MARIO. *Arresten al santiaguino, biblioteca de autores regionales*. Santiago: Overol, 2018.
- VILLAVICENCIO, JUAN CARLOS. *Oscuros ríos*. Santiago: Descontexto, 2018.
- VILLAVICENCIO, JUAN CARLOS. *The hours*. Santiago: Grillo, 2012.
- ZALDÍVAR, MARÍA INÉS. *Lecturas de poesía chilena. De Altaçor a La bandera de Chile*. Santiago: Ediciones UC, 2019.